

Política y poder: Comentarios en torno a una propuesta política de Enrique Dussel*

Jorge Velázquez Delgado

LA INQUIETUD CENTRAL POR FUNDAMENTAR desde la *ética de la liberación* una *filosofía política de la liberación* es, desde cualquier punto de vista, bienvenida en cuanto que esta inquietud permite e invita a discutir y a debatir una cuestión que por múltiples razones ha quedado marginada en el debate filosófico-político de los últimos años. Es decir, lo que pensamos es que hoy más que nunca es urgente discutir al fenómeno del poder y su configuración en referencia al conjunto de las relaciones de dominación y de subordinación que caracterizan a esta actual coyuntura y contexto histórico. Como es igualmente urgente discutir al fenómeno del poder en sus fundamentos o, si se prefiere, considerar los criterios de racionalidad que en última instancia legitiman y permiten a la vez el desarrollo de todo ese conjunto de relaciones de poder vigentes. Sin embargo, hoy todo anuncia que realizar esto por sí mismo no es suficiente. Que no basta ya con señalar cuáles son las insuficiencias o problemas históricos, políticos, sociales, culturales y económicos que se agudizan por la presencia de un sistema de poder como el que nos rige. Que se requiere de algo más que del simple ejercicio crítico en torno a los límites o excesos de dicho sistema de poder. Por decir todo en los términos más simples: lo que es urgente y necesario es abrir un nuevo horizonte ético que permita que la política deje de ser un excedente de sentido centrado exclusivamente en la reproducción de la voluntad política determinada exclusivamente como simple voluntad de dominación.

Desde nuestro particular punto de vista realizar esta empresa desde la perspectiva de la ética de la liberación —o desde cualquier otro horizonte ético-político crítico a dicho sistema de dominación y subordinación— es, en primer instancia, algo de suyo de gran importancia en cuanto que permite advertir la trascendencia que adquiere hoy el problema de la ética en sunexo concreto con la política. Y aquí la cuestión no consiste en aceptar que la posibilidad de las configuraciones políticas de la modernidad simplemente dependió de la inevitable fractura entre la ética y la política. O que el Estado moderno ha sido esto: el simple aparato de dominación en el que invariablemente predomina el interés de la política sobre cualesquier otro referente de todo el tejido social. Que lo que históricamente se ha vivido es el predominio *absoluto* de la Razón de Estado. Esta tiende a ser la imagen que produce de sí misma la política cuando se piensa como algo ajeno a la producción de sentido que ella misma genera. Pero, independientemente de esto último, lo importante es comprender que el papel y relevancia fundamental que adquiere o se le atribuye hoy a la ética, sugiere que la llamada esperanza que todas y cada una de las diferentes configuraciones políticas de la modernidad adquieran un nuevo sentido. Y esto es dicho por fuera de la valorización negativa o positiva que históricamente se les otorgan. Por ello, conviene observar que el llamado “momento de la política” atraviesa por una fase crítica; por una condición histórica que presupone la urgencia de su superación. En otras palabras: que históricamente el drama de la política se produce a partir de la incapacidad que muestra para continuar siendo la gran fuerza vertebrante de las formas de sociabilidad que surgen bajo esta nueva circunstancia histórica de signos indeterminados.

* Texto homenaje al Dr. Enrique Dussel Ambrosini con motivo de su setenta aniversario.

Sin embargo, en sentido riguroso esto no obliga a suponer que se vive hoy una relación histórica que como tal se anuncia como la gran condición de posibilidad para el arribo de las tantas veces esperado reino de la sociedad ética. Y, como ya se ha mencionado, tampoco estamos bajo la posibilidad de superar la fractura entre ética y política como el punto de referencia común que en general ha determinado la idea de la política a lo largo de la modernidad. Lo que hoy se observa es que, en efecto, nadie niega el derecho de la política a reproducir sus propios horizontes de sentido. Incluyendo entre ellos a los de carácter negativo en cuanto que resultan ser en más de las veces simplemente inevitables. Lo que importa es, entonces, trabajar en este caso desde la filosofía política considerando que estamos frente a un nuevo planteamiento de la relación entre la ética y la política. Que estamos frente a un nuevo escenario histórico que se expresa como un nuevo horizonte de comprensión de la problemática ética de nuestras sociedades.

Lo que se vive es una condición o nuevo contexto histórico de la política en el que, independientemente de la forma en cómo se le determine, lo esencial es la enorme preocupación por dignificar a la política a partir de los nuevos horizontes de reflexión que abre la ética en referencia particular a todo lo que hasta hoy ha sido la serie de formaciones histórico-políticas de la modernidad. En tal sentido se debe reconocer que existe y ha existido siempre una pretensión de suyo relevante y significativa; que no merece ser en modo alguno ignorada, en cuanto que con base al esfuerzo de revelar en que consiste la 'naturaleza' o 'esencia' de la política, se establecen criterios y principios ético-políticos para la sociabilidad humana. Es con referencia a dichos criterios y a tales principios de los que nace el siempre admirable anhelo por superar y, de ser posible, negar a toda eventual relación de dominación como expresión y experiencia de la voluntad. Es esta relación de dominación a la que se considera que es invariablemente el principal obstáculo para la realización plena de la vida ética en nuestras respectivas formas de sociabilidad.

Desde este horizonte de comprensión de la experiencia política de la modernidad, el poder es cuestionado y determinado a su vez como el producto de una relación social negativa. Así, en esencia el poder como tal, es decir, no entendido como productor y reproductor de sentido de sí mismo o de las múltiples formas del imaginario histórico-social, sino entendido como voluntad de dominio, obliga a suponer que, hegelianamente hablando, únicamente se le llega a determinar a partir de su despliegue y realización de sí mismo.

Por ello, resulta que hasta hoy lo que se comprende por lo político es al conjunto de relaciones de dominación que, por fuera del contexto histórico bajo el cual se desarrollan, su esencia no llega a ser otra más que dicha voluntad de dominio. El único sentido que tiene aquí el poder es el simple deseo o voluntad de dominar, de someter a individuos y colectivos sociales a una fuerza de poder centrada en general en la figura del amo (como lo llega a ser la figura del Príncipe o del Rey) o de su representación simbólica y abstracta (Dios, el mercado o el Estado). Representación que son referentes históricos de las formas de legitimidad del poder de las que depende todo un determinado orden social.

Pero hoy de acuerdo con la propuesta de Enrique Dussel la simple experiencia del poder se revela a partir de su doble carencia: la de su fundamento y la de su sentido teleológico propositivo. Pues el *telos* del poder aquí se entiende como un movimiento que reproduce una circularidad que jamás le permite ir más allá de sí mismo. Lo político resulta ser así aquella experiencia del poder que no adquiere otra dimensión más que la que lo sumerge en una perpetua negatividad próxima al absoluto. Como una relación históricamente negativa que al exponer su fundamento último, es decir, a esa simple voluntad de dominio, éste debe ser criticado radicalmente. Es con base a dicha crítica lo que obliga a definir por enésima vez en la historia, a lo político y a la política como a establecer estrategias de acción política reformulando lo que es para Dussel la empresa de redefinir al problema del poder en consideración a su "fundamento positivo último".

Ahora bien, diciendo las cosas de acuerdo al modo gramsciano de pensar la política, lo que indudablemente entra en juego en estas valorizaciones sobre el poder es la urgencia de construir una nueva hegemonía política. Es decir, de entender y ejercer también a la política como juego de estrategias. El problema aquí es de enorme complejidad en razón de que hoy pensar a la política y a lo político desde una contra hegemonía o desde diferentes perspectivas filosóficas políticas –incluyendo entre estas a todas aquellas que hoy no quieren definirse en referencia al poder que producen–, implica, antes que nada, redefinir al concepto de socialismo así como a las formas de lucha que se requieren para alcanzar sus metas y objetivos frente a esta actual coyuntura histórica. Se requiere, pues, proyectar nuevos imaginarios de la política caracterizados principalmente por sus señaladas tendencias y alternativas de franco carácter anticapitalistas. Pero, como se advierte, en modo alguno la empresa titánica por establecer una nueva hegemonía y sobre todo la lucha

por la construcción de una nueva sociabilidad alternativa a las relaciones de dominación y subordinación que por hoy nos rigen, no es cosa simple.

Desde nuestra perspectiva, lo primero que sugiere esta empresa es abrir nuevos horizontes de reflexión histórica en los que, en lo fundamental en el estudio y análisis de los actuales procesos históricos, a la política tiene que otorgársele una dimensión referida exclusivamente a la producción de sentido y a las tendencias de sociabilidad que se configuran en torno a un enjambre social determinado.

La cuestión central de la política de nuestro tiempo posiblemente sea la que señala Dussel, es decir, que hoy más que nunca es de gran importancia “dilucidar el fundamento de lo político”. Construyendo con ello lo que sería, por llamarlo de este modo, la “ontología de lo político”. Pero, kantianamente hablando, la cuestión a la que debemos responder es si existen condiciones de posibilidad para tales propósitos. De nuestra parte sólo podemos responder afirmativamente a este planteamiento en razón de que dichos propósitos, a parte de ser inobjetables, pensamos que nunca han sido ajenos al laborioso oficio de pensar a la política. Menos aún cuando en nuestros empeños por establecer una filosofía política para nuestra actual circunstancia y para esta coyuntura histórica, no se puede ignorar que el deseo o voluntad por construir una nueva hegemonía supone no violentar o romper la unidad política.

Pero, recordemos que vivimos bajo la paradoja de querer hacer una tortilla de huevo pero sin que se tenga que pasar por la necesidad de romper ningún cascarón. Como vivimos igualmente bajo una condición histórica que tiene por experiencia reconsiderar al problema del Estado como lo que éste ha sido para la modernidad: la principal fuerza unificante y motriz de nuestras respectivas relaciones de sociabilidad.

Lo que se quiere decir es que todo lo hasta aquí se dicho implica no ignorar a este viejo fundamento de la política. Viejo fundamento que reclama incluso su reconocimiento como elemento metafísico de la política. Y como se sabe este viejo fundamento de la política requiere para su realización que la unidad política una vez adquirida y proyectada como realidad soberana, se preserve, se fortalezca y se consolide por sus propios medios internos o a través de su ampliación externa. Son estas las coordenadas de reflexión política que hereda Nicolás Maquiavelo a toda la filosofía política de la

modernidad. Y, si se quiere, son estos fundamentos de la política los que, una vez que entran en crisis o son abandonados, los que permiten que lo político se erija en general como una relación de poder en la que, justo por llegar incluso a ser la experiencia de las propias formas extralimitadas del poder político, contribuye a realizar a la voluntad de dominio como experiencia negativa de la política. Pero recordemos, la cuestión a la cual se refiere Dussel es al problema sobre el fundamento de lo político bajo esta nueva condición histórica. Es decir, bajo el contexto histórico



Pirámide, acuarela sobre papel de algodón, 60 x 45 cm, 2007

abierto por la globalización y bajo esta coyuntura histórica abierta por el franco dominio de relaciones de desarrollo socio-económico impulsadas por el neoconservadurismo o el neoliberalismo.

Es esto último lo que nos conduce discutir si en esta pretensión por establecer el nuevo fundamento y la nueva ontología de la política presupone el deseo de superar al maquiavelismo como el referente histórico de los modos negativos de relación política. O bien lo que se quiere es re-frendar al “momento de Maquiavelo”, es decir, de proyectar una filosofía política la cual entre otras tantas cosas lo que quiere es devolverle a política su dignidad. Pensamos que lo que se quiere es recuperar la dimensión de la relación estrecha que existe entre la ética y la política. Pues no se quiere su disociación. Lo que se quiere es que se deje de pensar en esta relación como si ella fuese el resultado de una fractura de signos irreparables. Como de igual modo que en dicha relación deje de ser lo político el factor dominante y nega-

tivo de la misma. E importa mucho aquí revalorar, como al parecer lo sugiere Dussel, al “momento de Rousseau”. Es decir, al proyecto ético-político del ginebrino referido en particular al problema de la “voluntad general”. Es a partir de esta doble referencia a quienes resultan ser los filósofos más críticos de la modernidad, Maquiavelo y Rousseau, que en esta empresa por cimentar un nuevo horizonte de reflexión ético-política se establece en particular una crítica radical a las limitaciones del liberalismo, así como de otras corrientes ético-políticas que hoy se discuten e incluso se estudian con gran entusiasmo a-crítico.

De nuestra parte es importante indicar que en un sentido estricto nos ha resultado más que imposible ignorar al peso de la compleja herencia filosófico-política del secretario florentino y de Jean-Jacques Rousseau. Es con base a esta relación la que nos permite preguntar si el sustento articulante de la voluntad de los miembros de la comunidad política parte de la necesidad de reformular los términos del republicanismo ajustándolos a la estela de contradicciones históricas de la globalización. En particular considerando los límites de la democracia liberal ejercida como simple democracia de las élites o de los partidos políticos. Pero sobre todo considerando la posibilidad de establecer una comunidad política en la que los márgenes de pobreza y exclusión social, sexual, racial, religiosa, política, educativa y cultural sean reducidos o superados históricamente. Es decir, que lo que se propone aquí es la formulación de una idea de comunidad republicana en cuanto se entiende que la base y el fundamento del modo ideal de vida republicana sugiere justo eso: que la idea de la política como *potentia* se exprese como “afirmación de la vida de la comunidad para vivir”.

Si esto es así, el sentido que adquiere esta perspectiva del republicanismo permite en particular revalorar a Nicolás Maquiavelo y a Jean-Jacques Rousseau como dos grandes filósofos de la política, justamente por ser heréticos e indomesticables en los modos de dominación política de la modernidad. No es casual, pues, que sean estos dos grandes pensadores los que hoy se encuentran más marginados en nuestros actuales debates en torno a la política. Ellos son así pensadores que se resisten a ser absorbidos por el sistema de categorías de la filosofía política que se encuentra en uso. Sistema que, de acuerdo con Dussel, se fetichiza justo por no proponer o prescindir de un fundamento ontológico.

De lo que trata y ha tratado por largo tiempo la filosofía política crítica es pensar la posibilidad de establecer

una comunidad política ampliamente incluyente o en la que los sistemas de reconocimiento de los miembros de la comunidad no dependan exclusivamente de los medios y mecanismos formales. Sin embargo, si consideramos hoy a los enormes niveles de exclusión y marginación que se tienen, y sobre todo si se consideran las potencialidades económicas, científicas y tecnológicas disponibles, todo tiende a dar la impresión de que se vive bajo un absurdo insoportable y, por lo mismo, intolerable. Pero es a partir de esos referentes asimétricos los que hablan y señalan cuáles son y serán las dimensiones de la lucha política bajo esta circunstancia histórica. Como son también, por otro lado, los mismos que señalan cuáles llegan a ser los múltiples sentidos y tendencias de un proceso histórico globalizador y globalizante como lo es en el que vivimos.

Estamos así obligados a pensar a la política con y más allá de los clásicos del pensamiento político y, principalmente, con el firme propósito de salir del marasmo escéptico que hoy caracteriza en general a las actitudes políticas. De este modo lo que se quiere es que en nuestro trabajoso ocio de pensar a la política, evitemos que nuestra supuesta reflexión crítica se vea empañada por el espíritu quejumbroso sobre la cadena de males de nuestro tiempo. Sin embargo, cabe reconocerlo, es indudable que nos encontramos en definitiva en la siempre situación ambigua de pensar a la política por fuera y al margen de toda expectativa de acción política. Y al parecer aquí no basta y no es suficiente el solitario refugio al autocomplaciente yo que quiere ser expresión del vivir virtuoso al interior de un sistema de dominación; es decir, de la suma de relaciones político-sociales en la que en general sólo se ven saldos negativos. Concretamente: nos encontramos frente al famoso ¿qué hacer? que nos devora como una interrogante de circularidad hipnótica y que, como tal, se reproduce a sí misma arrogándonos a ser espectadores silenciosos de una dominación que se reproduce como la cosa más natural del mundo. Por ello hoy, en estos debates de la política y en estos combates por la modernidad, no es posible ignorar un problema central de todo cuestionamiento a lo político: el problema de establecer criterios para una estrategia política global para la superación de esta circunstancia de dominación y subordinación política. Pero al parecer hoy todos estamos de acuerdo con el diagnóstico sobre nuestros males, mas no con los remedios. •

JORGE VELÁZQUEZ DELGADO. Profesor-investigador titular adscrito al Departamento de Filosofía en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: ficinos8@hotmail.com